

Andreu Navarra Ordoño

Universitat Autònoma de Barcelona

Navarra Ordoño, Andreu. (2025). «El concepto de España en la filosofía de María Zambrano». *Aurora*, 26. 102-116. ISSN: 1575-5045. e-ISSN: 2014-9107. DOI: 10.1344/Aurora2025.26.9. Recepción: 11/7/2024. Aceptación: 25/10/2024. Publicación: 12/2/2025

Andreu.Navarra@gmail.com
ORCID:

© Andreu Navarra Ordoño, 2025. CC BY 4.0

El concepto de España en la filosofía de María Zambrano

El concepte d'Espanya en la filosofia de María Zambrano

The concept of Spain in the philosophy of María Zambrano

Resumen

El presente artículo propone examinar qué concepto elaboró María Zambrano sobre la nación española en diversos ensayos suyos a partir de las aportaciones de Miguel de Unamuno y de Benito Pérez Galdós. Su concepción del pensamiento esencialmente español como poético, literario o místico difiere mucho de la de otros filósofos contemporáneos, como José Ortega y Gasset o Eduard Nicol; en cambio, coincide casi plenamente con las concepciones de su amigo y correspondiente Josep Ferrater Mora.

Palabras clave

España, nación, poesía, Unamuno, Galdós

Resum

Aquest article examina el concepte que va elaborar María Zambrano sobre la nació espanyola en diversos assaigs a partir de les aportacions de Miguel de Unamuno i Benito Pérez Galdós. La seva concepció del pensament essencialment espanyol com a poètic, literari o místic difereix molt del d'altres filòsofs contemporanis, com ara Ortega y Gasset o Eduard Nicol; i, tot i això, coincideix gairebé del tot amb les concepcions del seu amic i corresponsal Josep Ferrater Mora.

Paraules clau

Espanya, nació, poesia, Unamuno, Galdós

Abstract

This paper proposes to examine what concept María Zambrano developed about the Spanish nation in her various essays based on the contributions of Miguel de Unamuno and Benito Pérez Galdós. His conception of essentially Spanish thought as poetic, literary or mystical differs greatly from that of other contemporary philosophers, such as Ortega y Gasset or Eduard Nicol; and yet he almost completely agrees with the conceptions of his friend and correspondent Josep Ferrater Mora.

Keywords

Spain, nation, poetry, Unamuno, Galdós

Una nación inacabada

María Zambrano empezó a pensar sistemática y obsesivamente en qué era España a partir de 1939, a partir del exilio. En el «Propósito de *Pensamiento y poesía en la vida española* (1939), escribió que «la dispersión puede ser la manera como se entregue al mundo la esencia de lo español», mientras que revelaba un miedo de que el estudio de lo español desde la distancia se convirtiera en una reflexión sobre el otro, o en un exotismo: «A veces, un temor me asalta: ¿es que se irá a convertir España para los españoles en un tema de “hispanismo?”».¹ El origen de este libro fue un ciclo de conferencias que Zambrano pronunció en el Colegio de España de México los días 12, 14 y 16 de junio de 1939. La primera edición

1. Zambrano, M., *Pensamiento y poesía en la vida española*, Madrid, Alianza, 2021, págs. 26 y 27.

de los tres textos fue publicada por el Fondo de Cultura Económica en septiembre de ese mismo año; luego reapareció en las *Obras reunidas* de la editorial Aguilar (1971) y en una reedición española de otoño de 1986.

En *Delirio y destino* (1989), libro autobiográfico tardío, Zambrano dejó muy claro que España era una nación que debía ser reconstruida, y que la República había sido la herramienta para lograrlo. Durante la guerra ya fue escribiendo los esbozos de lo que luego sería *Pensamiento y poesía en la vida española*:

Su reflexión madura en diversos textos: de septiembre de 1937 es «La reforma del entendimiento español» (*Hora de España*); de octubre «El nuevo realismo» (*Nueva Cultura*) y de septiembre de 1938 «Misericordia» (*Hora de España*). Culminarán, como bien señala María Luisa Mallard en su presentación de *La España de Galdós* en las *Obras completas*, con *Pensamiento y poesía en la vida española*, publicado ya en México.²

También «Madrid» o «Materialismo español», notas escritas durante la guerra, formaban parte de ese ciclo.³

Escritas en plena guerra, encontramos estas palabras inaugurales en el opúsculo *Los intelectuales en el drama de España*:

Nosotros los españoles teníamos nuestra historia en suspenso, nuestras tradiciones eran puro problema, hasta tal punto que los tradicionalistas tenían que inventarlas, lo cual no significa que no las tuviésemos, sino que estaban allí donde no se nombraban; que aquellos que las tenían no las nombraban, quizá lo sabían, y aquellos otros que se jactaban de ellas les habían vuelto la espalda hace tiempo. La historia española había quedado atrás petrificada, hecha esfinge, por cuyo secreto los españoles peleábamos entre sí.⁴

Fijadas quedaban las principales coordenadas del nacionalismo liberal y romántico que Zambrano desarrollará fundamentalmente en los libros *Poesía y pensamiento en la vida española* (1939) y *La España de Galdós* (1959), doctrinas que llegaron hasta obras posteriores, como *España, sueño y verdad* (1965).

El polo Unamuno

No decimos nada precisamente original cuando vinculamos el posicionamiento filosófico básico de María Zambrano con el de Miguel de Unamuno. Se trata de una relación tan determinante que corremos el riesgo de olvidarla, aunque la crítica nos la recuerda con acierto una y otra vez:

Siguiendo la estela de Unamuno, Zambrano acometía su taxonomía del ser español a partir de una concepción de nación cultural o metafísica,

2. Mora, J. L., «Introducción», en Zambrano, M., *La España de Galdós*, Madrid, Alianza, 2020, pág. 12.

3. Zambrano, M., *Los intelectuales en el drama de España: ensayos y notas 1936-1939*, Madrid, Alianza, 2021, págs. 304-307 y 332-337.

4. *Ibidem*, pág. 66.

5. Osset, M., «Introducción», en Zambrano, M., y Ferrater Mora, J., *Epistolario 1944-1977*, Sevilla, Renacimiento, 2022, pág. 26.

6. Martín, F. J., «Prólogo», en Zambrano, M., *Pensamiento y poesía en la vida española*, *op. cit.*, pág. 11.

7. Zambrano, M., *Pensamiento y poesía en la vida española*, *op. cit.*, pág. 45.

8. Osset, M., «Introducción», *op. cit.*, pág. 24.

con estructura ontológica propia y que tiene una clara impronta romántica característica de la tradición alemana (procedente de Humboldt y de Herder, especialmente, y del *Volksgeist*. El vínculo con Unamuno es nítido.⁵

Francisco José Martín lo corrobora:

Pocos conceptos tan esclarecedores como el de pueblo para entender el posicionamiento político y filosófico de la joven Zambrano: frente a la dinámica social que su maestro Ortega y Gasset explicaba como interacción entre las masas y las élites, ella, rechazando en parte aquel elegante andamiaje del pensamiento más moderno de entonces, volverá los ojos atrás para recuperar el concepto tardorromántico de pueblo, sobre todo en el uso que de él hicieron en España los intelectuales de la Institución Libre de Enseñanza y la Generación del 98. Volver a España era también, en aquel gesto suyo, volver a Galdós y a Unamuno, a Machado y a Giner.⁶

Zambrano, neorromántica, llegó a calificar a España de «tesoro virginal»,⁷ intocado o inmune a la razón práctica occidental hegeliana.

En los primeros años cuarenta, a medida que Zambrano y Josep Ferrater Mora se iban intercambiando cartas, ambos pensadores se dieron cuenta de que para tratar de explicar lo que era la nación o la condición española resultaba imprescindible echar mano de los ensayos de Unamuno. Lo ha explicado Miquel Osset con precisión:

Partiendo de Unamuno, Ferrater Mora se incorpora [...] al debate por antonomasia entonces acerca del «ser» de España. A su juicio, el fracaso era, si no el principal, sí uno de los ingredientes más importantes de la vida española. Al *Discurso del método* cartesiano, verdadero paradigma occidental, España opone el Quijote, puro discurso sin método. España pasa así a liderar frente a Europa toda forma de rechazo a la Razón, a la Ciencia, y al progreso, y opone a todo ello la catolización de la Contrarreforma. Si para Ferrater Mora en España la Guerra Civil es la forma genuina del vivir español, ello es debido sobre todo al afán que el español siente de defender por encima de todo sus ideales.⁸

Se trata de una interpretación discutible desde el punto de vista historiográfico, puesto que Francia ha sufrido más guerras civiles que España en su devenir por las edades Moderna y Contemporánea, y una visión algo distinta de la de María Zambrano, quien consideraba (aún más cercana a Unamuno) que la teología católica y la Inquisición eran formas *racionalistas* de matar la fe, el idealismo o la razón personal del verdadero cristianismo, el de los orígenes. Late de nuevo en el fondo la distinción unamuniana fundamental entre religión y teología. Blas Matamoro ha plasmado también esta

problemática en su artículo sobre Zambrano y el «ser» y el «estar» de los españoles:

Los monoteísmos triunfantes en Europa han entronizado a un Dios violento porque es un Dios creador y la creación es un acto —paterno, adjetivo por mi cuenta— violento. Hecho a imagen y semejanza de ese Dios, el hombre europeo es igualmente creativo y atropellador.⁹

Estas direcciones zambranianas pueden explicar, en parte, el éxito actual y póstumo de su pensamiento, muy asimilable a las corrientes hoy hegemónicas que sitúan a la razón ilustrada (o masculina) en el origen del autoritarismo posliberal contemporáneo.

Otra diferencia entre Zambrano y Ferrater Mora es que el segundo fue un poco más allá en su indagación sobre los seres culturales de la península ibérica y continuó utilizando esa misma metodología interpretativa centrándola en *Les formes de la vida catalana*, libro que salió publicado en 1944. Lo más curioso de la aportación zambranianas, que convierte la españolidad en un bien espiritual y religioso, es lo mucho que se parece a la desmaterialización de la hispanidad operada por Ramiro de Maeztu durante la década anterior, si bien este lo hizo desde posicionamientos ideológicos totalmente opuestos a los de María Zambrano. Maeztu, desde su catolicismo nacionalista, y Zambrano, desde su cristianismo liberal, describieron un tipo de nación cultural española desterritorializada e intangible, con contenidos literarios opuestos y hasta resultados ideológicos excluyentes. La postura más original ante el problema y el ser de España en aquellos años y en el exilio es, sin duda, la que defendió Eduard Nicol en sus conferencias sobre filosofía hispánica dictadas en Columbia en 1959: un poco cansado de interpretaciones cruzadas que habían caído en cierto retoricismo dramático, Nicol afirmó que España no tenía ser ni esencia porque era una mera amalgama de colectividades diversas e irreductibles.¹⁰ La posición de Nicol parece la más original, puesto que, como ha explicado Mario Martín Gijón, «Nicol niega uno de los tópicos que hemos visto repetidos, el de que el español no puede pensar de modo sistemático y, por ello, el libérrimo género del ensayo es el que su genio necesita».¹¹ No se puede negar que existieron Francisco Suárez, precursor de René Descartes, el escéptico Francisco Sánchez (en el que se fija Nicol), un pensador político de la talla de Diego de Saavedra Fajardo o autores notables, como Jaume Balmes, y luego el propio José Ortega y Gasset, es decir, ejemplos concretos de que los españoles no estaban ni están racial o culturalmente reñidos con la sistematicidad.

Ferrater Mora pensaba exactamente igual que María Zambrano. En su importante artículo «La filosofía y el idioma», de septiembre de 1949, que fue radiado y publicado en Cuba en *Cuadernos de la Universidad del Aire*, también defendía que el pensador español era culturalmente incapaz de salir de sí mismo para construir un «sistema» objetivo; esto implicaba que un español podía escribir literatura

9. Matamoro, B., «Historia, ser y estar de los españoles», en Sánchez Cuervo, A., Sánchez Andrés, A., y Sánchez Díaz, G. (coords.), *María Zambrano. Pensamiento y exilio*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, pág. 255.

10. Osset, M., «Introducción», *op. cit.*, pág. 36; Nicol, E., *El problema de la filosofía hispánica*, Sevilla, Espuela de Plata, 2008, págs. 75-94.

11. Martín Gijón, M., «La patria imaginada. La reflexión sobre España en el exilio», en Martín Gijón, M. (ed.), *El ensayo del exilio republicano de 1939*, vol. I, Sevilla, Renacimiento, pág. 73.

12. Ferrater Mora, J., *Razón y verdad y otros ensayos*, Sevilla, Espuela de Plata, 2007, pág. 42.

13. Zambrano, M., *Pensamiento y poesía en la vida española*, op. cit., pág. 29.

14. *Ibidem*, pág. 31.

15. *Ibidem*, pág. 29.

16. *Ibidem*, pág. 32.

filosófica, pero que nunca podría convertirse en un «filósofo». El castellano era apto para la expresión filosófica y científica, pero el sujeto español era esencialmente antianalítico:

Se ha dicho muchas veces que en lengua castellana no hay filosofía. Efectivamente, si por ella entendemos un pensar orientado exclusivamente hacia lo esencial y racional o, si se quiere, hacia la comprensión de lo real como si éste pudiese ser entendido por sí mismo. Falso, si por ello podemos entender un pensar destinado al hacerse comprender a la misma existencia que es lo que piensa. Por eso la filosofía en lengua castellana ha sido siempre no una filosofía sobre el hombre, no un pensamiento acerca del Universo, sino un intento del Universo si por ventura pudiera pensarse a sí mismo. Por eso, finalmente, la filosofía en castellano ha sido constitutivamente asistemática, fragmentaria, si se quiere (con ciertas excepciones) «literaria».¹²

Naturalmente, su propia trayectoria, así como la de la propia María Zambrano, y las de Ortega, Xavier Zubiri, José Gaos, Nicol, Jaume Serra Húnter, Joaquim Xirau y otros precedentes, como Francesc Pujols, Francesc Pi i Margall, Francesc Xavier Llorens i Barba y Ramon Martí d'Eixalà, desmentían esta consideración. Actualmente, el pensamiento de Baltasar Gracián se considera un hito inicial, precisamente, de una filosofía europea «sobre el ser humano».

Para Zambrano, España era un «fracaso», pero Europa también se estaba desplomando. Nos explica en los primeros compases de *Pensamiento y poesía en la vida española* que, «desde Parménides a Hegel, vemos que en su radical idealismo había una formidable fuerza, la fuerza de estabilizar las perturbadoras apariencias».¹³ Esta fuerza racionalista procedía de Grecia, pero ahogaba el fondo vivo de los pueblos, porque «la unidad en la vida es anuncio de la muerte»,¹⁴ y «la poesía unida a la realidad es la historia. No obstante, no es preciso decirlo así, no debiera serlo, porque la realidad es poesía y, al mismo tiempo, historia»;¹⁵ todo esto no son más que formulaciones tentativas o ecos de la materia que sería sistematizada en *Filosofía y poesía*, también redactado en 1939, y seguramente por esta razón, ante el naufragio del racionalismo europeo, es posible que un pueblo que seguía pensando en términos de literatura y tragedia estuviera mejor dotado para sobrevivir al marasmo mundial que los demás pueblos occidentales, que ya no podrían seguir haciendo bandera de ninguna estabilidad idealista posible, debida a una «razón soberbia» totalitaria. Lo formula Zambrano con una pregunta retórica:

¿Es extraño, pues, que en trance tal nos volvamos a investigar, hasta donde nos sea posible, la forma de ser y vivir de un pueblo inmensamente fecundo y a la par fracasado, cuyo horizonte de vida y pensamiento nunca coincidió del todo con este grandioso horizonte que nos deja?¹⁶

Blas Matamoro concreta más este papel salvífico de la España inmaculada:

Como España, históricamente, se mantuvo al margen de Europa, el fascismo le resulta extranjero y debe importarse de Italia. Sólo España, entonces, está en condiciones de salvar a Europa del fascismo. La empresa es la revolución española, donde el comunismo, cuyo proyecto fue esbozado a medias, cobra pleno sentido, dando lugar a la aparición del hombre nuevo.¹⁷

17. Matamoro, B., «Historia, ser y estar de los españoles», *op. cit.*, pág. 254.

18. Zambrano, M., *Pensamiento y poesía en la vida española*, *op. cit.*, pág. 36.

19. Zambrano, M., *Horizonte del liberalismo*, Madrid, Alianza, 2022, pág. 115.

Lo que llama la atención de este planteamiento es lo que defendía la propaganda franquista en aquellos mismos años, a saber: que como España había quedado al margen de Europa, solo ella podía salvarla del «comunismo», que era también un injerto extranjero. Resulta curioso comprobar cómo el tópico de la excepcionalidad española podía servir tanto a la propaganda fascista como a la expresión de un liberalismo trágico por parte de una escritora republicana en el exilio.

Así, la filósofa concluye, en 1939:

Y mientras, el poeta vagaba entregado a la confusión de sus ensueños, ajeno en su poesía al establecimiento y afirmación del poder; tomaba el mundo tal y como se lo encontraba, sin pretender reforma alguna, porque su atención iba hacia lo que no puede reformarse, y porque sobre el fracaso que implica toda vida humana reacciona aceptándolo, y más aún: hundiéndose en él.¹⁸

La razón poética, base de la españolidad, es la única razón no violenta, el único neohumanismo posible para la Europa en ruinas.

Ya en su primera obra, *Horizonte del liberalismo* (1929), María Zambrano había abogado por un nuevo liberalismo que no aislara al ser humano del sentimiento de unidad: «Libertad [...] que no rompa los cables que al hombre le unen con el mundo, con la naturaleza, con lo sobrenatural. Libertad fundada, más que en la razón, en la fe, en el amor.»¹⁹ El ser del pueblo español, como lo desarrollará después, es el ser de quienes se aferran con uñas y dientes a su mundo real inmediato, material, con la desesperación de quien sabe que ese permanecer físico es imposible. Y precisamente ese era el punto de partida de Unamuno.

En una carta a Ferrater Mora enviada desde Capri el 2 de marzo de 1950, Zambrano escribe un párrafo fundamental para entender la relación triangular entre los conceptos de España, tragedia y cristianismo, en unos términos que beben directamente del libro axial de Unamuno, *Del pensamiento trágico de la vida* (1912):

Mientras que nuestra España ha sido el núcleo de la Tragedia y por ello cristiana; de ser italiana no sabría yo qué cosa es fe y esperanza, que se lo debo a ser española. Y todo es muy complicado, porque yo no creo que España sea cristiana —de contenido—; lo es, está cerca de serlo, necesitada de serlo porque sabe arrojarse a la Tragedia sin cálculo,

20. Zambrano, M., y Ferrater Mora, J., *Epistolario 1944-1977, op. cit.*, pág. 86.

21. Zambrano, M., *Pensamiento y poesía en la vida española, op. cit.*, pág. 80.

22. Zambrano, M., y Ferrater Mora, J., *Epistolario 1944-1977, op. cit.*, pág. 107.

23. Martín Gijón, M., «La patria imaginada. La reflexión sobre España en el exilio», *op. cit.*, pág. 38.

porque ofrece su vida y su alma en un gesto total, más allá incluso de toda esperanza, en un gesto que trasciende toda esperanza, que es la propio del Cristianismo esencial, según estoy descubriendo.²⁰

El español es, según María Zambrano, tal y como lo desarrolla en *Pensamiento y poesía en la vida española* (1939), un pueblo *irreflexivo* y *antiutilitario*, que ha renunciado al cálculo y a la racionalidad colectiva para lanzarse al exceso vital que conduce a la muerte. Y, como Unamuno, Zambrano piensa que España ha de ser cristianizada aún, aunque de algún modo su fondo más eterno o «castizo» ya se haya impregnado de esa idealidad desesperada.

Y aún llegaba más lejos en 1939, cuando pensaba que el racionalismo condenaba a los españoles a volverse escépticos y políticamente autoritarios:

En realidad, el español solamente es capaz de encontrar su equilibrio de conservar la fluidez de su vida por la poesía, por el conocimiento poético de las cosas y los sucesos que le incorporan a la marcha del tiempo. Si se hace racionalista se encierra, pierde su fluidez y se hace absolutista, reaccionario, enemigo de la esperanza.²¹

En definitiva, se trataba de la vieja idea unamuniana de que un progreso copiado, imitado o importado de Europa no era tan necesario a España como su tesoro íntimo de agonía vital colectiva:

Lo que hay que preguntarse es cuánto hay de sustantivo en el mundo. En España, no tanto como lo que deseamos, pero más de lo que creemos. Sigue siendo el país que no hace caso de las sirenas diversas que le dicen que se ha «desviado» (en un sentido o en otro), y que, por lo tanto, continúa haciéndose problema de sí mismo. Lo cual, claro está, es una tragedia (o un drama), pero nadie ha demostrado que la tragedia o el drama no sean necesarios para la vida.²²

Se lo escribía Ferrater Mora a Zambrano el 10 de agosto de 1952, mostrando su acuerdo con las ideas fundamentales que su amiga le iba enviando. La coincidencia absoluta de ambos autores no le pasó desapercibida a Mario Martín Gijón: Ferrater Mora también consideraba que España era una «crisis histórica» perenne, un «abismo», un «vivir crítico» y una nación instalada en el «quijotismo».²³

El pensamiento esencialmente español se habría vehiculado, según Unamuno y Zambrano, en la literatura poética y la mística. Unamuno pensaba fundamentalmente en fray Luis de León, mientras que Zambrano prefería fijarse en las coplas elegíacas de Jorge Manrique, la *Epístola moral a Fabio* de Andrés Fernández de Andrada, san Juan de la Cruz y la poesía más filosófica de Antonio Machado. Por todas partes aparecen conceptos de *En torno al casticismo* (1897) y *Del sentimiento trágico de la vida* (1912) de Unamuno transfigurados en la prosa densa de Zambrano en sus primeros pasos en el exilio. Un

ejemplo más, la intrahistoria: «Antes se creía que sólo algunas vidas alcanzaban lo histórico; hoy sabemos que toda vida es, por lo pronto, histórica.»²⁴ Y, de hecho, era lo más *histórico* lo menos profundo, lo menos «histórico» en este sistema de pensar neounamuniano. En la formulación de la intrahistoria española, Unamuno utilizaba la metáfora inaugural del océano: mientras que los fenómenos políticos ocupaban la superficie rizada del mar (el espacio de las batallas, los reyezuelos y las leyes, es decir, todo lo pasajero y contingente), en el fondo se depositaban los valores eternos («castizos») del verdadero vivir nuclear de los españoles: el matriarcado, la espiritualidad, la cultura (que no «civilización»), la *agonía* y la tragedia.

Zambrano no se aparta de esa concepción *acuática* de la razón histórica:

Porque o la vida tiene sentido, o no es nada, y hay que sumergirse en la vida de un pueblo, perderse primero en ella, en su complejidad ilimitada, para salir luego a la superficie con una experiencia en la que se da el sentido. El sentido ordena los hechos y los encaja entre sí al encajarlos en la unidad. Y puede acontecer que[,] en momento de hondo, terrible fracaso de un pueblo, éste necesite hundirse en su ser para arrancarse su sentido, para llegar hasta el sentido del fracaso, la razón de la sinrazón.²⁵

Por decirlo de otro modo, sin el «¡Adentro!» no puede haber un afuera, o ese afuera nace ya muerto, asesinado por la razón invasiva. Estas propuestas, como observó Blas Matamoro, tienen su correlato religioso:

Quizás admita Zambrano, en este punto, una lectura psicoanalítica. Su defensa de Cristo como contrapartida misericordiosa y caritativa del Dios Creador, es una defensa del Hijo frente al Padre. La intercesora es España, o sea la Madre (Virgen, si se prefiere la precisión). El malo de la historia, al que conviene quitar de en medio por la vía del parricidio sagrado, es el Padre. El Hijo ha de quedarse a solas con la Madre, para generar al Hombre Nuevo. Sería hijo de un incesto pero no importa, se trata de un incesto igualmente sagrado, anterior a la ley paterna que lo castiga. En varios mitos del origen nacional aparecen cónyuges incestuosos como fundadores del clan.²⁶

España es *virgen* porque no la habría violado la razón europea, teológica y violenta; y los españoles se sienten inferiores y acomplexados porque carecen de *padre* racional, es decir, se sienten huérfanos. Zambrano opina también que el ascetismo mató o corrompió el cristianismo occidental, de manera que la mariología zambraniana puede ser entendida como una restauración de la vida, el amor y la misericordia.²⁷

Ya dejó apuntado también Matamoro que estas descripciones simbólicas de la nación venían de lejos, de pensadores que Zambra-

24. Zambrano, M., *Pensamiento y poesía en la vida española*, *op. cit.*, pág. 80.

25. *Ibidem*, pág. 44.

26. Matamoro, B., «Historia, ser y estar de los españoles», *op. cit.*, pág. 255.

27. Mora, J. L., «Introducción», *op. cit.*, pág. 16.

28. Matamoro, B., «Historia, ser y estar de los españoles», *op. cit.*, pág. 243.

29. Álvarez Junco, J., *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.

30. Zambrano, M., *Pensamiento y poesía en la vida española*, *op. cit.*, pág. 52.

31. Zambrano, M., *Pensamiento y poesía en la vida española*, *op. cit.*, pág. 49.

no no menciona quizás porque la literatura castellanista ya había alimentado el imaginario popular a través de la prensa:

Esta figura de mujer divina hipóstasis en superyó de toda una nación ya ha sido trajinada con anterioridad. Ángel Ganivet, en *Idearium español* y en *Granada la Bella*, definió su imagen de la España Virgen, que luego reiterará el norteamericano Waldo Frank en su libro homónimo.²⁸

En el fondo, estos mitos vendrían a constituir una versión radicalizada de la *Mater Dolorosa* liberal descrita por el historiador José Álvarez Junco en su monografía del año 2001.²⁹ En este caso, España ya no sería esa María cruzada de espadas clavadas por todo tipo de facciosos, carlistas, apostólicos y nacionalistas periféricos, sino una Madre Virgen angustiada por la agonía del Hijo. En cualquier caso, la universalidad española surge del fondo del océano nacional, y no de la superficie racional, pragmática o analizable: «Toda historia es historia universal, y cuando más hondamente descienda en el fondo complejísimo, oscuro y contradictorio que es la vida de un país, más universal resultará».³⁰

Pero ¿a qué llama «fracaso» María Zambrano? ¿Cuándo, por qué «fracasó» España? En su opinión, en los albores de la Edad Moderna, cuando tocaba que la burguesía tomara el timón del Estado. La ausencia de burguesía activa, pudiente y orgullosa (en parte masacrada en Villalar) es lo que modificó el carácter histórico de España hasta el punto de convertirla en una *anomalía* europea. Una anomalía a la que había que volver los ojos ante el fracaso de la razón burguesa: «Podríamos decir que en cuanto al pensamiento fuimos anárquicos, si por anárquico se entiende simplemente lo que la palabra manifiesta: sin poder, sin sometimiento.»³¹ Y aunque Zambrano no desarrolló un pensamiento sistemático acerca del Imperio y sus sacrificios internos (ya habría sido demasiado moderna), sí es cierto que se fijó en la figura de Felipe II para seguir orientándose en este laberinto peculiar de los fracasos españoles.

El polo Galdós

El realismo estético fue la otra gran preocupación o vector de inspiración zambrano. En 1947, la filósofa impartió en París una conferencia titulada «La mirada de Cervantes», que se iría convirtiendo en lo sucesivo en una especie de *work in progress*. Porque, tras la falta de practicidad y el senequismo, el realismo era el tercero de los rasgos más característicos del vivir hispánico:

El realismo español no es otra cosa como conocimiento que un estar enamorado del mundo, prendido de él, sin poderse desligar, por tanto. Y eso explica que un ser que tanto anhela la independencia, tan poco se afane y se plantee la libertad. Porque la libertad jamás ha sido planteada por ningún amante con respecto al objeto de su amor, el amante sólo

piensa en su libertad y se afana por ella cuando algún obstáculo se interpone entre el objeto que le enamora y él.³²

Un poco más adelante aporta más detalles sobre esta ideología antiutilitaria que está intentando catalogar y defender:

Como se ve, ya al primer paso que damos dentro de la problemática española tropezamos con el anhelo ilimitado, con el imposible como meta, como solución. Y esto sí es lo propio de la vida española y del hombre que la vive: lo imposible como único posible horizonte. De ahí que todo el vivir español sea un debatirse contra las rejas de lo imposible. El pensar español, ya en su primer paso, viene a dar en la muerte.³³

Pero ¿es esto cierto? ¿Puede ser tan *romántico* el naturalismo español? Démosle vueltas: la definición encajaría perfectamente con la trayectoria de Isidora Rufete, protagonista de *La desheredada* (1881); también Ramón Villaamil, de *Miau* (1888), es esencialmente un soñador y además se suicida; y ¿qué decir del extraño profeta de *Nazarín* (1895)? Tristana frecuenta cementerios y termina deseando únicamente a Dios, marchita, llevando una muerte en vida más allá de toda ilusión. Fortunata, personaje de la predilección de Zambrano, muere entregando a su bebé a la esposa legítima de su amante... Sin embargo, a menudo Zambrano no está glosando la estética y las intenciones reales de Benito Pérez Galdós, sino troquelando su filosofía en la novelística del canario, retorciéndola a veces para que signifique lo que desea expresar. Blas Matamoro también observó este haz de lecturas apriorísticas: «La lectura que Zambrano hace de Galdós traza una frontera permeable entre ambos. A veces, el escritor actúa como modelo de ciertos hallazgos de la lectora. Otras, la lectora practica invenciones peregrinas sobre la obra galdosiana.»³⁴ Un ejemplo de estas «lecturas peregrinas»: en la subsección de *La España de Galdós* (1959) titulada «En el lugar de la vida», Zambrano afirma que «así se siente a Galdós como adherido a ellos, como si antes de ser sus criaturas o personajes simplemente cansados o extraídos de la realidad, brotaran del alma del autor al modo de las cosas naturales; como si el autor fuera para ellos la naturaleza donde nacen».³⁵ En su defensa de la novela vivípara, la autora sencillamente no tiene en cuenta las decenas de artículos y prólogos en los que Galdós mismo no se cansó de repetir, una y otra vez, que extraía sus personajes de las calles de Madrid. Y es que Zambrano pensaba, también algo peregrina o excesivamente, que Galdós era incapaz de sostener una buena teoría estética, como todo buen pensador español; nada más lejos de la verdad, como podemos comprobar manejando el volumen *Ensayos de crítica literaria* (1999), preparado por el profesor Laureano Bonet. También parece demasiado forzado o interesado considerar *Misericordia* el centro mismo indiscutible de la obra de Galdós, y a Benigna el arquetipo más acabado de su significación artística.

32. Zambrano, M., *Pensamiento y poesía en la vida española*, *op. cit.*, pág. 61.

33. *Ibidem*, pág. 72.

34. Matamoro, B., «Historia, ser y estar de los españoles», *op. cit.*, pág. 256.

35. Zambrano, M., *La España de Galdós*, *op. cit.*, pág. 58.

36. Matamoro, B., «Historia, ser y estar de los españoles», *op. cit.*, pág. 258.

37. Zambrano, M., *La España de Galdós*, *op. cit.*, pág. 38.

38. Ferrater Mora, J., *Razón y verdad y otros ensayos*, *op. cit.*, pág. 33.

39. Zambrano, M., *La España de Galdós*, *op. cit.*, pág. 42.

40. *Ibidem*, pág. 43.

Como observó Blas Matamoro, «la Benigna de Zambrano es la personificación popular del senequismo español».³⁶ La filósofa sospechaba, y no iba nada desencaminada, que *El amigo Manso* y *Tristana* eran antecedentes de la «nivola» agonista unamuniana:

Por su escasez de materia, de cuento o fábula, por su poesía de la existencia sin más, anteceden, recuerdan y aun tienden a juntarse como en una especie común con las de Miguel de Unamuno. Escritas con mayor arte del habitual, estas «obras menores» parecen haber brotado por sí mismas, haber nacido un día, puramente, porque sí.³⁷

Las consecuencias de esta primera generación de novelas de gestación vivípara no son solo estéticas: fusionando a Galdós con Unamuno, Zambrano conseguía que las obras de ambos escritores se pudieran considerar alegatos a favor de la filosofía literaria propiamente española, neosenequista, quijotesca y espiritualista.

En «Razón y verdad», un artículo de Ferrater Mora de agosto de 1941, el filósofo catalán ofrece una visión distinta a la de su admirada corresponsal, puesto que, afirma, «el hombre europeo puede elegir entre el cristianismo y el estoicismo»;³⁸ el estoicismo es una escuela racionalista, y por lo tanto es incompatible con el cristianismo y cualquier otra búsqueda religiosa de la verdad.

Así, Galdós queda convertido no en un seguidor de Honoré de Balzac y Émile Zola, sino en el autor que da vida a los personajes que encarnan la verdadera intrahistoria española:

Y más que en ningún otro lugar, se está obligado a admitir, ante este espectáculo sin par de la novela galdosiana, la diversidad entre vida, propiamente vida humana, y humana historia. Y lo inexorable de que la humana vida engendre esta su más que humana historia desmesurada: más o menos que humana historia. Una historia nacida por la humana condición, un lugar de arrebatos y aun éxtasis y un abismo. Una sima con un nombre: España.³⁹

El sueño intrahistórico unamuniano, hecho de reposo y eternidad, se parece poco al deseo y el apeteer violentos que describe Zambrano, pero hay que tener en cuenta que al autor de *Niebla* no le fue posible analizar en profundidad el fenómeno incomprensible y terrible de la guerra, ni la experiencia del exilio republicano. En España, según *La España de Galdós*, se vive «como si la historia fuese una temible, desconocida deidad, como si vivir bajo ella fuese estar condenado a no vivir».⁴⁰

Y esto es así porque Galdós, según Zambrano, está describiendo un pueblo que vive un «infierno» social, un infierno resultado de una «decadencia» imparable y obsesionante. En esta curiosa lectura expresionista, este estado febril o espectral convierte a los personajes

galdosianos en poseídos por el ansia de existir, en auténticos agonistas unamunianos:

Y un centro, el centro, es humanamente una apertura: un lugar de comunicación. Desde él, teniéndolo presente, quizá se pueda vislumbrar algo de esos personajes, tan novelescos que parece no se resignen a ser sólo personajes de novela por esa su hambre, su sed, su mortal ansia: la vida de que mueren. Y algo así como la patria que buscan, el lugar de promisión hacia el que se precipitan como si no hubieran nacido en él: el lugar de la vida.⁴¹

41. *Ibidem*, pág. 46.

42. *Ibidem*, pág. 51.

43. *Ibidem*, pág. 54.

44. *Ibidem*, pág. 44.

En ocasiones parece que sea Unamuno mismo quien escriba sobre Galdós a través de Zambrano: «No vivía, pues, un argumento, sino una pasión, aunque al modo novelesco para fijarla en la historia, para fijarla como la anti-historia que hace falta, la que da testimonio en la historia de algo más allá de ella y que tiene en tanto que hacerse también historiable.»⁴² Zambrano llama «novelería» a la gramática de la época que le tocó vivir a Galdós: rompiendo con ella, negándose a manifestar necesidades propias de «novelería», cursis y predecibles, los personajes se convierte en entidades quijectas, inconformistas, enfrentadas al sentido común burgués. Si utilizáramos léxico orteguiano, diríamos que la «novelería» es el sistema de «creencias» de hacia 1890, mientras que el quijectismo sintetizaría las «ideas» alternativas al sistema heredado, corrupto y decrepito. La «desaforada hambre de realidad» de los personajes galdosianos sería lo que les conduciría a un ámbito totalmente apartado de la «novelería» al uso.⁴³

El sentido sacrificial de la vida social parece especialmente desarrollado en España:

¿Será que[,] en España, esa deidad de la historia lo sea más que en lugar alguno o en uno en donde más: que sea ella más hermética, más inaccesible, más devoradora, y el español, el español sin más, se precipite en ella atraído irresistiblemente, en un instante —que puede ser glorioso, que puede ser horrible— en una especie de suicidio tribal, o individual, sin tiempo?⁴⁴

Se trata de una versión radical del «Spain is different» o un extraño tipo de auto-orientalismo. Los españoles, como muchos protagonistas de las novelas galdosianas (Isidora Rufete, Miau, el cura Polo, Máximo Manso, Tristana o el moro Mordejai), parecen figuras trastornadas, seres fantasiosos e inadaptados, enfermos de excesiva imaginación. Sorprende que María Zambrano no se fije en *Doña Perfecta* (1876), quizás la novela galdosiana en la que el sentido fosilizado y deificado, o momificado, de la historia española, con sus exigencias sacrificiales y sus ideologías políticas aberrantes, sea más palpable.

Y aunque *Misericordia* y *Benigna* sean la obra y la protagonista sobre las que Zambrano construye su espiritualidad y su teoría sobre

45. *Ibidem*, pág. 57.

46. Martín Gijón, M., «La patria imaginada. La reflexión sobre España en el exilio», *op. cit.*, pág. 37.

47. Zambrano, M., *Pensamiento y poesía en la vida española*, *op. cit.*, pág. 65.

48. *Ibidem*, pág. 64.

49. Zambrano, M., *Senderos*, Barcelona, Anthropos, 1989, pág. 33.

España, la autora no deja de interesarse por otra novela fundamental de Galdós, *La desheredada* (1881), que aún refleja mucho mejor el antiheroísmo «suicida» y «autófago» que desea observar y analizar:

Así aparecen en la obra de Galdós esos racimos de personajes, y aún algunos otros de acusado perfil que parecen no cumplir alguna hazaña o acción que no vaya mezclada con una tendencia suicida. [...] *La desheredada*, prototipo de los que sacrifican su vida al «ser», es ejemplo clarísimo de ello, pues hace falta una moral invulnerable para que este sacrificio movido por el ansia, por la sed, no se abisme en suicidio.⁴⁵

En *España, sueño y verdad*, María Zambrano relacionaba la pintura de Pablo Ruiz Picasso con esa «autofagia» secular española.⁴⁶

Es el resultado del querer impetuoso y sin filtros por el vivir inmediato. Ese enamoramiento realista típicamente español, según Zambrano, y este ideal de imposible que conduce directamente a la muerte no pudieron destruirlo los krausistas que iniciaron la reforma espiritual liberal: «No, no soporta la mente española ningún traje»;⁴⁷ y aquí el «traje» era el racionalismo burgués: «Bajo el krausismo, como cualquier otra teoría de mayor o de menor rango[,] existía vigoroso, virginal, intacto, un entendimiento realista español, un corazón enemigo de la abstracción y el análisis que ningún krausismo del mundo pudo modificar.»⁴⁸ Por supuesto, la autora no está poniendo en entredicho la bonísima intención de aquellos santos varones que intentaron resquebrajar el nacionalcatolicismo secular; lo que está diciendo es que no lograron modificar el fondo del océano intrahistórico hispánico, intensamente materialista y místico.

Zambrano fue especialmente dura con el idealismo y las ideologías burguesas, a las que acusó de producir únicamente medio hombres, en *Los intelectuales y el drama de España*:

Cuando se añade al idealismo de la niñez el idealismo hecho dogma de una cultura, es punto menos que imposible alcanzar la madurez de la total hombría. Entonces el idealismo funciona sobre todo en la burguesía intelectual, dogmáticamente, sin esa audacia de vértigo de los filósofos que íntegramente se han dado a su riesgo. No; la burguesía intelectual ha suprimido todo riesgo del idealismo europeo y así queda reducido a un obstáculo que, al impedir la evolución del individuo, le deforma y, al suprimir la distancia entre el individuo concreto humano —del que no hay conocimiento— y el hombre —el patrón humano—, hace imposible la formulación de resistencias y el conocimiento de los errores.⁴⁹

Filosofar, pues, implica un compromiso con el riesgo inconformista. Sin embargo:

[...] en el mundo moderno, ya no es [en] la poesía ni la tragedia donde debemos buscar la esencia de las cosas españolas (aunque Antonio

Machado continúe la tradición del senequismo), sino en la novelística de dos autores concretos: Galdós y Gómez de la Serna, en forma más escueta, hacen la novela española de las cosas y de la tierra.⁵⁰

Entre 1875 y 1936, Zambrano continúa considerando que los artistas han sabido captar mucho mejor el pulso nacional que cualquier pensador: «Pues al fin, la necesidad íntima de saber acerca de sí misma que el alma española sentía, le fue más directa e inmediatamente revelada a los artistas que a los pensadores, aunque los nombres de Ortega y Unamuno nos muestran una obra gigantesca y aislada.»⁵¹ Esta tesis del inicio filosófico en solitario de Unamuno, sostenida luego por Ortega, coincidía con lo que Julián Marías iba escribiendo sobre Unamuno desde 1942. No obstante, esta tesis aislacionista de los dos grandes maestros orientadores o fundadores de la filosofía española pasa por alto a otros pensadores que habían reflexionado mucho sobre la nación española: Jaume Balmes, Joaquín Costa, Rafael Altamira, Ángel Ganivet, Ramiro de Maeztu... Esta visión es pedagógica y plástica, pero resulta muy reduccionista. En cambio, Zambrano tiene unas palabras para Azorín, autor *hechizado* por las realidades españolas y que resuelve los conflictos filosóficos de todo un pueblo por medio de la exploración de la *melancolía*.⁵²

Conclusiones

En este sistema de dicotomías y simbologías místicas, cabría preguntarse qué papel jugó Ortega y Gasset. Blas Matamoro se lo planteó:

Más embrollada y conflictiva [que la de Unamuno] es la relación de Zambrano con su maestro Ortega, que algunas sutiles objeciones le hizo a la discípula. Claro está que desquiciar a Ortega de España y mandarlo a las tinieblas exteriores del europeísmo resultaba un poco violento.⁵³

Hay que anotar que, para María Zambrano, el europeísmo era derecha, y el tradicionalismo era la expresión exacta de la Anti-España, una deidad trágica y femenina.

Zambrano intentó, por los pelos, a pesar de la calvicie orteguiana, salvar la españolía del profesor. Lo metió en una tradición española del pensamiento, que para Zambrano es la tradición de Castilla [...] y, al mismo tiempo, resaltó su originalidad. Español de vocación y europeo de formación, he ahí la solución conciliadora de las tensiones orteguianas, o mejor dicho zambranianas respecto de Ortega.⁵⁴

Sobre Costa no dijo nada, a pesar de que ocupaba un lugar central en el ensayismo agónico, o más bien jeremíaco, castellanista.

Otra cosa habría resultado extraña: la visión de España que defendió María Zambrano y que hemos tratado de estudiar aquí era comple-

50. Zambrano, M., *Pensamiento y poesía en la vida española*, op. cit., pág. 69.

51. *Ibidem*, pág. 75.

52. *Ibidem*, pág. 147.

53. Matamoro, B., «Historia, ser y estar de los españoles», op. cit., pág. 249.

54. *Idem*.

55. Bagur Taltavull, J., «El “nuevo Fichte español”. Ortega y Gasset y la influencia del pensador alemán en su idea de nación», *Revista de Estudios Orteguianos*, 33, Madrid, 2016, pág. 182.

tamente opuesta al proyecto orteguiano tal y como se había ido desplegando desde, aproximadamente, 1908. Lo ha contado Juan Bagur en su artículo sobre Ortega y Gasset, Johann G. Fichte y el concepto de nación:

Tal y como percibirá Ortega más adelante, el pensador alemán es paradigma de la filosofía idealista, opuesta al realismo escolástico que la Iglesia asumía como filosofía oficial. La enseñanza de filósofos como Fichte formaba parte del proyecto nacional de Europa y su generación, porque era un modo de nacionalizar a los españoles no desde el catolicismo, sino desde las virtudes cívicas mencionadas más arriba.⁵⁵

Así pues, donde Ortega (heredero de la europeización costista) se había propuesto descatolizar, Zambrano (heredera del sentido trágico intraespañol) pretendía más bien recristianizar.

La pregunta con que vamos a concluir este trabajo tiene que ver con la imposibilidad de reducir todas estas cuestiones a un plano debatible, menos metafísico, en una palabra: *político*. Otro gran ausente de este corpus zambraniano sobre España, sin duda, era Manuel Azaña; porque Azaña había conseguido transformar las esencias intocables de la nacionalidad en realidades palpables, modelables, falsables, discutibles. Pero es extraño, porque precisamente eso era lo que había pretendido María Zambrano en su primer libro, *Horizonte del liberalismo* (1930), donde defendía, precisamente, un liberalismo más humano y más comprometido con el humanismo cultural.



Esta obra está bajo una licencia internacional Creative Commons Atribución 4.0 (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>).

Jordi Morell. *Assaig visual de les aigües de la llacuna #11*, 2024

